



1 de mayo de 1966, en Moscú. El ejército soviético, hasta ahora poderoso respaldo del Pacto de Varsovia, exhibe su más moderno armamento terrestre y aéreo.

RUMANIA, LA FRANCIA DEL ESTE

EL PACTO DE VARSOVIA, RESPALDADO POR EL EJERCITO SOVIETICO, ENTRA EN CRISIS

RUMANIA ha pedido una revisión del Pacto de Varsovia. Una revisión muy profunda que, prácticamente, equivale a la anulación de sus principios esenciales. No se dispone de la versión oficial de la nota enviada por el Gobierno de Bucarest al de Moscú y a los de los otros países firmantes del tratado. Los resúmenes de fuente periodística señalan de esta forma las peticiones rumanas: retirada de las fuerzas soviéticas de los territorios de otras naciones, establecimiento de un turno de rotación para el mando de las tropas del Pacto —mando que desde su fundación ejerce un militar soviético—, mejor repartición de los gastos de sostenimiento. En los casos en que la presencia de tropas extranjeras en otro territorio fuese necesario, se haría mediante un tratado bilateral y las bases extranjeras serían objeto de un nuevo estatuto. Esta información es suficiente para establecer un paralelo entre Francia y Rumania, entre De Gaulle y Ceausescu, entre la crisis de la OTAN y la del Pacto de Varsovia. Los dos movimientos representan, sin ninguna duda, una confirmación del final de la política de bloques —es decir, del principio del final— y de la tendencia de los pequeños a liberarse de la hegemonía de los grandes en la medida que les sea posible, para buscar una fórmula nueva de integración.

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

Al día siguiente del estallido de esta «bomba rumana», Bucarest desmintió —por su ministro de Asuntos Exteriores— haber solicitado la «reforma profunda», pero el mentís fue, a su vez, desmentido desde Moscú, donde en «los medios del Este de Europa» se confirmaba la existencia de la nota. «Algunos afirman incluso haber tenido en sus manos el original copiado en multicopista» (Telegrama de AFP, 19 de mayo).

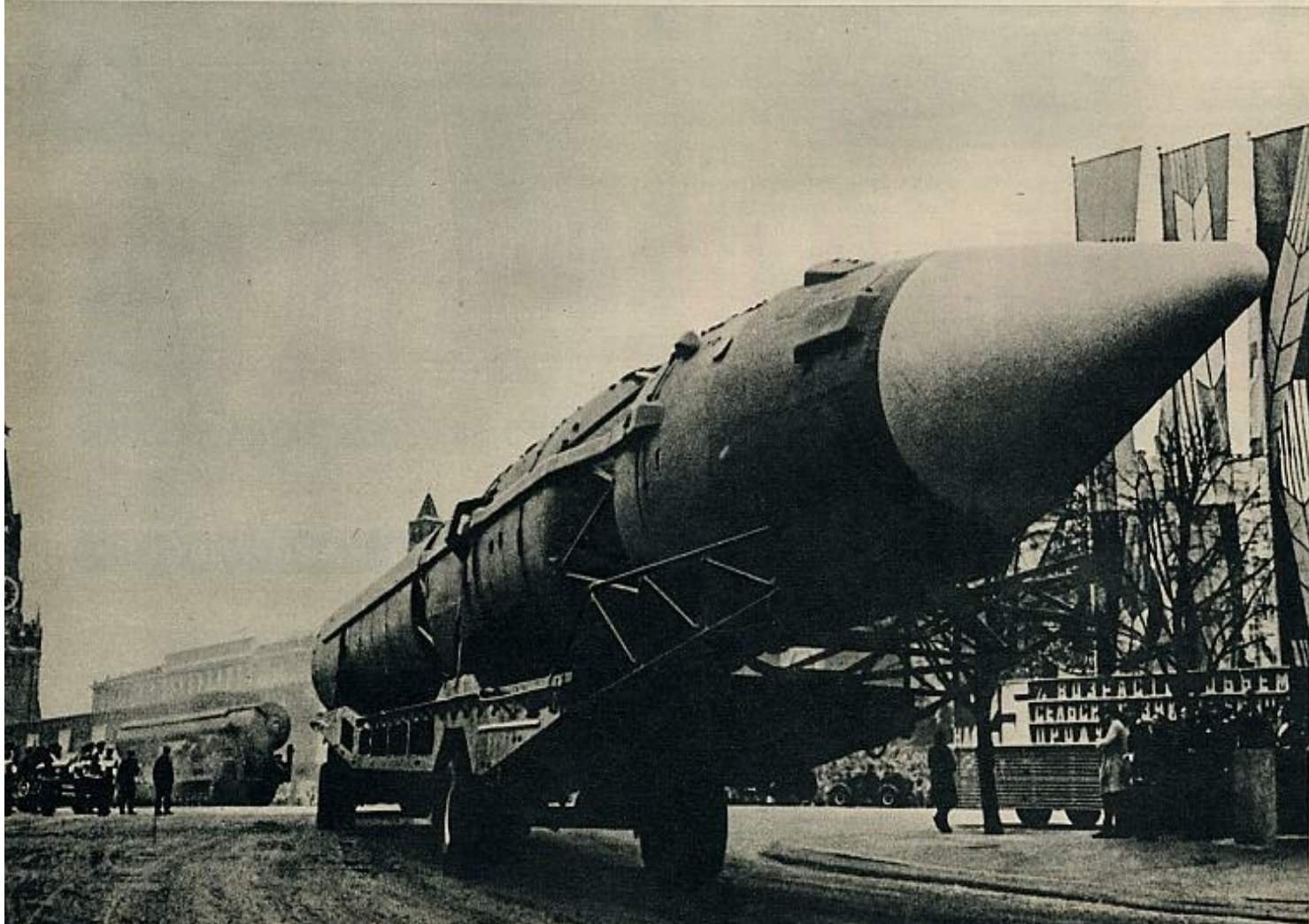
el pacto de varsovia

El bloque que llamamos oriental, como el que llamamos occidental, se formó simultáneamente con el final de la II Guerra Mundial. A partir de 1945 comenzaron los tratados bilaterales de la URSS con Polonia, Ruma-

SIGUE



Arriba, los cadetes de la Academia Suvorov desfilando por la plaza Roja. Abajo, un gigantesco cohete orbital. Puede alcanzar cualquier punto del universo.



nia, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Bulgaria, Albania, y de estos países entre sí. (Finlandia fue firmante de algunos de estos pactos, sin por ello ser considerada como miembro del bloque oriental, por la diferencia de su forma de gobierno.) Esta red de pactos llegó a totalizar 24, pero se redujo a 16 por la escisión yugoslava de 1948. En todos ellos figuraba el peligro alemán —el renacimiento del peligro alemán— como base de la unidad. En 1947, la unidad militar se doblaba por una unidad política mediante la creación de la Kominform, que trataba de «organizar el intercambio de experiencias y, en caso de necesidad, la coordinación de la actividad de los partidos comunistas sobre la base del consentimiento libre». En los objetivos de la Kominform figuraba ya la lucha «contra el imperialismo americano» y contra «la traición de los socialistas de derechas»: es decir, los yugoslavos. Cuando se trató de la nueva amistad con Yugoslavia, la Kominform fue disuelta (abril de 1956). En el aspecto económico, el Comecon (Consejo de ayuda mutua económica), fundado en enero de 1949, representaba en cierta forma lo que pretende ser el Mercado Común para la Europa Occidental. Se dice que también Rumania ha tratado ahora de una renovación del Comecon, pero no hay datos concretos.

El Pacto de Varsovia surgió en mayo de 1955, y era esencialmente una réplica de la OTAN (fundada en 1949), estimulada por los acuerdos de París, por la incorporación de la Alemania Federal a la organización militar occidental en octubre de 1954. El Pacto o Tratado de Varsovia, del 14 de mayo de 1955, estaba firmado por la URSS, Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania. Su definición es la de «un tratado de amistad, de cooperación y de asistencia mutua» en caso de agresión armada en Europa, y dispone de un mando militar unificado dirigido por un mariscal soviético con un estado mayor común con sede en Moscú. Se declara abierto para cualquier Estado que quiera sumarse, «independientemente de su ideología». Posteriormente, a la firma se incorporó la República Democrática de Alemania.

La creación del Pacto de Varsovia no era, como muchos creen, un nuevo encajamiento de las Repúblicas Populares de Europa a la URSS, sino que, por el contrario, suponía un principio de liberalización de las relaciones con respecto a las fórmulas anteriores. Era un reflejo de la destalinización; oficializaba las relaciones entre todos los países comunistas y se establecían normas de mayor igualdad jurídica. Puede decirse que precisamente a partir de este pacto y del XX Congreso del PCUS, que le siguió, las democracias populares iniciaron ya los procesos de desintegración. Lo que se llama «el octubre polaco» (el de 1956) con el regreso de Gomulka al poder, a pesar de la presión soviética, fue el primero de estos movimientos, que quizá se retrasaron por el estallido de violencia de Budapest (23 de octubre de 1956); la URSS dudó durante diez días sobre la actitud que debía tomar, y el 4 de noviembre decidió la intervención armada. Ese episodio aconsejó moderación en los partidos comunistas «nacionales», y obligó a Moscú a hacer más lento el ritmo de la destalinización.

por qué rumania

El movimiento de desintegración rumano es lento y moderado. Esta lentitud, esta moderación, le han permitido llegar a ser el primer país comunista que, sin tener problema interior, puede iniciar oficialmente un proceso de revisión de sus relaciones con la URSS. He visto que algunos exaltados de la latinidad atribuyen esta especie de separatismo al origen rumano del país, y que la comparan con la latinidad de Francia dentro del esquema anglosajón del Tratado del Atlántico Norte. El problema es muy distinto. En primer lugar, Rumania —como Francia— se basta a sí misma económicamente. Es un país que florece, es un país rico. Su tasa de expansión tiene el record de Europa; no de la Europa llamada del Este, sino de toda Europa. Entre 1950 y 1951 su expansión ha supuesto un crecimiento de la renta nacional de un 10,3 por año; durante los cuatro primeros años del plan de seis, 1960-1965, el producto industrial ha aumentado un 13 por ciento cada año. En 1963, el volumen de producción era 7,4 veces superior al de 1938 («Dictionnaire du monde actuel», Ed. Rencontre, Lausana, 1965). Su suelo es rico —petróleo, minerales, agricultura floreciente—, su experiencia industrial antigua y el régimen comunista le ha sido favorable para el desarrollo económico. «En veinte años de trabajo, los dirigentes de Bucarest han conseguido sacar a su país de la Edad Media en que se encontraba al terminar la guerra y hacer de él un país próspero y moderno» (Jean-Pierre Renard en «Candida», 1-8 de julio de 1963). Para los rumanos, la estrecha asociación con sus compañeros de pactos suponía una desventaja económica. El patrón-rublo, las asociaciones mixtas sovieto-rumanas («sovroms»), la división del trabajo, que debía limitarse a especializarse en petróleo y agricultura, cuando deseaba crearse una industria siderúrgica (el «complejo de Galatz») producirá cuatro millones de toneladas de acero en 1970) le parecían perjudiciales. En cambio, ha pretendido siempre encontrar ciertas ventajas en el comercio con Occidente: ha pedido estar representada en el Mercado Común, ha solicitado su admisión en el GATT (Acuerdo general sobre las Tarifas Aduaneras y el Comercio; instrumento de la política libre-cambista anglosajona) y en la Comisión Económica para Europa de la ONU ha solicitado continuamente la unidad total del continente europeo, sin el artificio de la frontera política entre el Este y el Oeste. Se trata de un «separatismo económico». Políticamente, Rumania no difiere hasta ahora gran cosa de la URSS. Se ha insistido estos días en que la próxima visita de Chu En Lai a Bucarest estaba en relación con su denuncia del Pacto de Varsovia; es decir, que todo era un problema de «chinismo». No es así. Rumania, desde el primer momento de la polémica chino-soviética, ha tratado de re-

RUMANIA, LA FRANCIA DEL ESTE



La base del pacto de Varsovia es el Ejército Soviético. En la foto, tropas de la guarnición de Moscú desfilando por la plaza Roja el 1 de mayo.

presentar el papel de intermediario y de evitar la ruptura entre los dos grandes países comunistas. Pretende mantener ese equilibrio a escala nacional.

Esta situación de auge económico ha dado a Rumania una fisonomía determinada. Una cierta distensión, un aire de «optimismo» a pesar del «execrable staliniano Gheorghiu-Dej» (Louis de Villefosse, «Geographie de la liberté», París 1965, Ed. Laffont). Aun bajo el mandato de Gheorghiu-Dej se liberaron los últimos presos políticos del país (16 de junio de 1964) y se aumentaron gradualmente los salarios a los trabajadores.

el hombre nuevo: ceausescu

El «execrable stalinista» murió en marzo de 1965 y un hombre nuevo apareció al frente del partido: Nicolás Ceausescu. Tenía cuarenta y siete años, había viajado por países occidentales —Italia, Francia—, había conocido las prisiones del fascista Antonescu; la guerra le convirtió en general antes de los treinta años y, antes de los treinta y siete, era miembro del «Politburó» de su partido. Está casado con una millitante activa. Noventa kilos de peso repartidos en un metro setenta de estatura le dan un aspecto macizo; reflejan su energía, su sinceridad. El sábado 7 de mayo pronunció un discurso considerado como «muy nacionalista». Señaló el derecho de cada partido comunista a seguir su propia línea política, revalorizó el concepto de nación, emitió críticas al Pacto de Varsovia. Este discurso fue seguido inmediatamente por una visita de Brejnev, secretario general del partido comunista de la Unión Soviética, a Bucarest. Y, apenas finalizada esa visita, Rumania enviaba a los países del Pacto su nota pidiendo la revisión del Tratado. Al día siguiente —10 de mayo—, cuando Kossyguin enumeraba ante los diputados de la RAU el papel de las democracias populares en la ayuda al desarrollo de ese país, omitió el nombre de Rumania. «Ceausescu se ha atribuido el papel de un De Gaulle del Este, y Rumania entra ahora por el camino de soberanía

SIGUE

ELEGANTES NOTICIAS TERLENKA



Una cómoda y primaveral elegancia, lucen los hombres con Terlenka. Trajes de caída perfecta en los tonos y dibujos de moda. Los sastres y confeccionistas selectos le hablarán de sus preferencias por Terlenka.

Terlenka®

EL MAYOR ESPECTACULO DEL VESTIR

nacional y de orgullo elegido por Yugoslavia en 1948», escribió el «Daily Mail», de Londres (16 de mayo). El reciente viaje del ministro francés de Asuntos Exteriores, Couve de Murville, a Bucarest —después ha estado en Polonia, y continuará visitando democracias populares mientras De Gaulle se va a Moscú— hace pensar que hay algo más que un paralelo: un acuerdo de principio para tratar de romper, entre los dos países, la política de bloques y buscar la unidad de toda Europa. Pero al mismo tiempo, en la agenda de Rumania están inscritos otros viajes: el de Chu En Lai y el de Tito, entre otros.

chechoslovaquia quiere dar su imagen a la libertad

En el mundo occidental se hacen especulaciones en torno a la posibilidad de que otros países comunistas de Europa sigan la línea de Rumania. Se esperan con impaciencia las respuestas que estos países deben dar a la nota rumana y, sobre todo, la celebración del Comité Consultivo del Pacto de Varsovia, que debe celebrarse precisamente en Bucarest en julio próximo. Algunos creen que la más inmediata suma a la tesis rumana puede venir de Checoslovaquia, país también fuertemente industrializado, donde desde siempre hay una tendencia irreprimible a la libertad, sobre todo a la libertad de expresión. Recientemente, un número del periódico «Rude Pravo», que es el órgano del partido comunista checoslovaco, llamó la atención por dos artículos importantes (Praga, 21 de abril). Uno de ellos estaba escrito por Novomesky, y en él se pedía libertad absoluta de expresión dentro de los países socialistas. El otro es de Vladimír Minac, y se titula «No sólo de pan vive el hombre». Uno de sus párrafos dice así: «En nuestra tarea cotidiana, inclinados con fatiga y obstinación sobre los pequeños misterios del mecanismo de nuestra sociedad, ¿no olvidamos nuestra tarea esencial, que es la de edificar una sociedad humana, que sea la más libre de todas? Nosotros, nuestro país, nuestros pueblos, somos casi elegidos. Poseemos las condiciones económicas y las relaciones socialistas de producción sin las cuales no se podría realizar esta tarea. Tenemos una cultura antigua, con una inclinación hacia cosas tales como la libertad, la democracia, la tolerancia, la fraternidad, la justicia. ¿No se trata de una predestinación de la suerte para una experiencia grandiosa? Para una experiencia que no tiene aún precedentes, que no puede tenerlos, a la cual daríamos nosotros mismos nuestra imagen y semejanza. ¿No rendiríamos así un servicio al socialismo mundial y a toda la civilización?». Las ideas están contenidas en un gran énfasis nacionalista, en un sentimiento antiguo de pueblo predestinado... El tono nacionalista que puede encontrarse ahora en los rumanos de Ceausestu, en los intelectuales polacos. Y en los pueblos de occidente.

las amarguras de la otan

Porque, simultáneamente, el otro pacto, el pacto enemigo, el de la OTAN, sigue atravesando sus aventuras de desintegración. Al parecer, Washington y Londres disputan ahora sobre cómo ha de reconstruirse la organización militar tras la salida de Francia. Los ingleses proponen que Londres sea la capital de la OTAN en lugar de París, pero también quieren llevarse el Comité Militar que tiene su sede en Washington —como el estado mayor del Pacto de Varsovia lo tiene en Moscú—. Los americanos aceptarían perder la sede del Comité Militar, pero no para mandarlo a Londres, sino a Bruselas, que se convertiría en capital general de la OTAN. La propuesta inglesa de abolir el «Comité Permanente» —formado hasta ahora por oficiales superiores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— tampoco es del agrado de Washington, que, en cambio, querría ampliarlo sustituyendo a Francia por Alemania Federal y por Italia, más dos miembros no permanentes que seguirían un turno rotativo; al mismo tiempo, quieren que el mando militar centroeuropeo sea puesto permanentemente bajo las órdenes de un general alemán —actualmente lo manda un francés, pero los británicos quieren abolirlo—. Estas querrelas y algunas más surgirán, sin duda, en la reunión que la OTAN debe celebrar en Bruselas, a nivel ministerial, durante el mes de junio. La nueva importancia que se quiere dar a Alemania molestará a muchos aliados.

la unión y la fuerza

Hay una tendencia natural en el mundo, política y sociológica, hacia la unidad, hacia la integración: se parte del cazador solitario de la prehistoria y se llega hasta los grandes bloques, hasta los grandes pactos, pasando por la tribu, el clan, el reino, la nación... ¿No es un camino «contra la historia» el que emprenden estas naciones separatistas al segregarse de los bloques que las contienen? Lo sería, en efecto, si fuera esa su tendencia profunda, y no lo es. El problema es que las unificaciones no se hacen nunca por la fuerza más que durante un tiempo determinado: la apariencia de unidad es ficticia. Este problema se puede encontrar en todos los escalones de la organización social. Una familia con un padre tiránico, que imponga sus puntos de vista de una manera forzada —«centralista», «hegemónica»—, aparecerá durante unos años como una familia unida por el hecho de que todos sus miembros se sentarán a la mesa a la misma hora o regresarán al hogar a la misma hora; pero, al mismo tiempo, habrá en ellos un deseo subyacente de independencia,

RUMANIA, LA FRANCIA DEL ESTE



La plaza Roja de Moscú, corazón de la inmensa URSS, durante un aspecto deportivo del desfile del 1 de mayo. A la derecha, el Kremlin. Enfrente, San Basilio.

y probablemente se disgregarán —por emancipación, por matrimonio— antes que otra familia menos centrípeta. La unidad no es real nunca mientras no es orgánica, voluntaria, igualitaria, libremente consentida. Las grandes integraciones históricas se han conseguido siempre por la base: son fruto de una necesidad económica, o de supervivencia, sentida de una manera colectiva. Es posible que un accidente histórico contribuya repentinamente a la formulación repentina de unas necesidades comunes entre países, o entre grupos, que sin ese accidente no se hubiesen integrado entre sí, y que posteriormente se creen las condiciones «interiores». Pensemos en el caso de Francia. Es muy posible que sin la intervención rápida de los Estados Unidos en la política interior francesa, al terminar la II Guerra Mundial, dicho país —y lo mismo puede decirse de Italia— hubiese adoptado una solución comunista como consecuencia de la existencia de fuertes milicias comunistas armadas por la resistencia y la inflación repentina de militantes comunistas en la Liberación. Es posible que Francia, en ese caso, se hubiese integrado, aun en contra de su mayoría electoral, en el sistema de las democracias populares. Tendría hoy probablemente los mismos sentimientos nacionalistas, independentistas, que tiene con respecto a la OTAN y a los Estados Unidos, pero probablemente los tendría, como los tiene ahora Rumania, o como los tiene Checoslovaquia si creemos en el artículo antes citado, sintiéndose, al mismo tiempo, participante de una «sociedad socialista». La intervención americana, la contención de las fuerzas de izquierda extrema, hicieron a Francia integrada en el mundo occidental, y su separatismo de hoy se ejerce desde dentro de este sistema y sin querer adoptar fórmulas opuestas. Francia, en su mayoría, no desea salir del sistema que llamamos capitalista, como Rumania no desea salir

del socialista o comunista. Tratan, simplemente, de independizarse del centralismo absoluto requerido por el anterior «accidente histórico».

Pero, durante bastante tiempo, se ha pensado que el próximo paso en la historia de las integraciones sería el de los grandes bloques. Estas defecciones parecen perjudicar la existencia de esos mismos bloques. ¿No habrá, por tanto, tal integración? A mi juicio, es una falsa óptica del problema. Se ha pensado siempre que la aproximación de esos bloques iba a hacerse por arriba, por la cabeza. Esto es, por la URSS y los Estados Unidos. Se vio más claramente esto cuando la coexistencia comenzó a dar sus frutos, muy particularmente después de la crisis del Caribe y las actuaciones de Khrushchev y Krushchev. Sin embargo, nos encontramos ahora con que, mientras se mantienen las posibilidades de integración «por arriba» —simplemente paralizadas por la existencia de la guerra del Vietnam—, aparecen otras por la base. Rumania quiere, como lo ha expresado en la ONU, una Europa sin fronteras políticas; Francia no solamente las preconiza en su doctrina —la Europa «del Atlántico a los Urales» de que habla De Gaulle—, sino que las pone en práctica. Y los dos países rechazan lo que es un factor de desintegración: es decir, los pactos militares rivales, que suponen la existencia de un enemigo, la necesidad de no bajar una guardia. Es decir, la obligación de no obedecer a las tendencias naturales de la integración, que son las de la economía, la cultura, la libertad de expresión y el diálogo —el contraste entre sociedades no es disolvente, sino fecundo— para buscar una falsa integración que es la «condena» a coexistir, el entendimiento forzado por el «terror atómico», que era la integración de recurso, de recurso de mal menor, que se estaba buscando por arriba.

E. H. T.

(Fotos © by Camera Press-Agencia Zardoya)